

DIARIO DE FILEBO

Una Antología Sin Sangre O la Revolución Traicionada

MIRADOR DE LAS CONDES,
19 DE AGOSTO

QUE ME LO PERDONE Enrique Lafourcade, sutil forjador de este volumen antológico (*), pero su panorama del cuento de la Generación del 50 es el más flaco servicio que se ha podido prestar a una presunta causa literaria, en la que no pocas personas de buena fe, yo entre otras, depositaron notorias esperanzas. Aunque no, Pensándolo mejor, Lafourcade, sin proponérsela quizá, ha cumplido una tarea brillante: revelar lindamente cuánto había de verdadero y cuánto había de bluff en el bullicio "colérico".

A juzgar por la paladina muestra, en cuyo examen se han extenuado muchas generosidades, la

Donoso, Guillermo Blanco y Pablo García, que se hallan muy lejos de ofrecer en conjunto el temple



revolución no existió nunca, o si existió fué traicionada cuando daba sus primeros vagidos. Con excepción de los relatos que firman Enrique Lihn, José

de la conciencia rebelde, los cuentos incluidos en este libro pasarán, tarde o temprano, a ilustrar el manual de Carreño de la literatura chilena (lo que

no debe hacer jamás el espíritu creador). Así es. Y ello bromas aparte. Inaudacia confesa, carencia de arrojo para articular formas radicalmente modernas, esquematismo (no elipsis) por orfandad expresiva y abuso del "enfoque directo", ya tópico, etc., son algunos de los rasgos que fosilizan las urbanas —¡demasiado urbanas!— tentativas letrísticas de tales escritores. Por respeto a su sensibilidad, es necesario omitir los nombres de quienes han participado aquí con algunas visibles composiciones escolares; mas, el lector avisado no tardará en encontrarlos.

En la pintura hay por lo menos unos Irarrázaval, unos Burchard, unos Monreal, unos Vial, que, equivocados o no (esto no nos compete) se plantan en la cabeza un cucalón para salir brincando en la aventura del arte. Por lo menos, con sus obras, dan pábulo a la polémica, el gesto arisco, a la mueca desaprobatoria; es decir, se atreven a vulnerar el muro de los viejos convencionalismos. Viven en la era de la armonía atonal. En la Generación del 50 aparecen escritores mil veces superados por Diego Muñoz, cuentista de 1934 ("Malditas Cosas", "De Repente"). Refugiados en sus coloquios bajo venerables aleros universitarios, cuidándose injunvenilmente de obtener afectuosas críticas de sacerdotes y comentaristas habituales del 900, dan la impresión de ir fatigados. Y van fatigados. Desprovistos de habilidad para suscitar entusiasmo o indignación con lo que escriben, puesto que su matutina decrepitud les impide realizar movimientos ágiles, es difícil negar que han decidido enturbiar las aguas en torno a su presencia mediante la machaconería y el aspaviento.

No, Enrique Lafourcade. Su generación no es colérica, ni rabiosa, ni maldita ni nada. Hay exceso de gelatina en ella. Ud. cometió el error de "descubrir" a destiempo. Lo comprendo. Bien poco más se podía lograr, a la larga, con un grupo despojado del deseo de adquirir un gran instrumento expresivo. Con todo, hay un pecado mayor e imperdonable. Esta generación parece vivir de espaldas a las quemantes realidades del mundo. Ignora el drama social de nuestro tiempo; desconoce la inquietud metafísica que ha llevado a un Camus a predicar la rebelión del hombre moderno; no exhibe ese afán natural que todos los jóvenes experimentan por desen-

Disparadero

Carta al Dalai Lama

por Antonín ARTAUD (*)

Somos tus íes servido, res. ¡Oh, gran Lama! Dános, dirigenos tus luces, en un lenguaje que nuestros contaminados espíritus de europeos puedan comprender, y si es necesario, cambia nuestro espíritu, haznos de un espíritu que se vuelque por entero hacia las cimas perfectas donde el espíritu del hombre ignora el sufrimiento.

Haznos de un espíritu sin hábitos, un espíritu cristalizado verdaderamente en el espíritu, o de un espíritu con sus hábitos más puros —los tuyos— si son aptos para la libertad.

Estamos rodeados de pontífices ancianos, de literatos, de críticos, de perros, nuestro espíritu yace entre los perros, que piden



san inmediatamente en la tierra, que piensan, incorregiblemente, en el presente.

Enséñanos, Lama, la levitación material de los cuerpos, y cómo evitar no ser más cautivos de la tierra.

Porque sabes bien a cuál liberación transparente de las almas, a cuál libertad del Espíritu en el Espíritu —¡Oh Papa aceptable! ¡Oh Papa en el espíritu verdadero!— hacemos alusión.

Es con el ojo íntimo como yo te miro ¡Oh Papa! en el vértice del alma. Desde lo íntimo como te reconozco, yo, fiebre, idea, labio, sueño, grito renunciación a la idea, suspenso en la totalidad de las formas, aguar, dando sólo el viento.

A. A.

(*) Autor de "L'Art et la Mort", "Le Théâtre et son double", etc. Su destino fué aciago como luchador fué su rebeldía. Uno de los más extraños perfiles de la literatura francesa en nuestro tiempo.

PLEAMAR.—

En Torno a Juan Ramón Jiménez

Por Raúl ROA.

N. de la R.— Raúl Roa, Canciller de Cuba, que se hizo muy popular en Chile a raíz de sus vigorosas intervenciones en la Conferencia de la OEA, es también, como se sabe, un escritor notable. El texto que aquí publicamos ha sido tomado de la revista "Cuadernos" (N.º 32) y constituye una parte del hermoso artículo que Roa dedicó a la memoria del poeta Juan Ramón Jiménez, de quien fué gran amigo.

SI ENRIQUE GONZALEZ Martínez le torció el cuello al cisne, Juan Ramón Jiménez le cortó el ala a la anécdota. Comenzaba la ingente pelea consigo mismo: toda su obra es sometida a pulsera y rigurosa revisión. La depura de realidad inmediata para transfundirle realidad eterna. Traduce sus hervores íntimos en puras esencias y en metáforas de cristal. "El poeta —define— es creador oculto de un astro no aplaudido". "Creo —sentencia— en la realidad de la poesía. Y la entiendo como la eterna y fatal belleza contraria, que tienta con su seguro secreto a tal hombre de espíritu ardiente". "Yo —confiesa— tengo escondida en mi casa, por su gusto y el mío, a la poesía, como una mujer hermosa. Y nuestra relación es la de los apasionados". Es la hora de plenitud de su preciosismo interno: la rima adviene sin contactos con la ganga que fluye. Su desdén por Pablo Neruda —voz prodigiosa, ya seducida por el poema empapelado de consignas— origina sonada dependencia literaria.

En Cuba, la contienda que desgarraba a España suscitó enconos y temores de guerra civil. No eludió Juan Ramón Jiménez sus deberes y responsabilidades. Asistía, con fervor de milite, a todas las asambleas de afirmación republicana. La pureza de su verso cobraba peculiar significado en aquellas descomunales orgías de palabras encendidas y afiladas. Nunca levantó la suya; pero jamás arrojó su conciencia. Su culto a la dignidad humana explica el misterio de su dignidad estética.

A menudo yo le visitaba en su recatado hotelito, o venía él a mi casa, a pocas cuádras de donde vivía. Era una delicia inefable oírle el espíritu transmutado en verbo. La gracia andaluza matizaba sutilmente su grave melancolía de árabe neoplatónico. Mi hijo, a la sazón en los dos años, se le trepaba hasta las barbas, y Juan Ramón, que amó a los niños con la ternura angélica de José Martí, le dejaba hacer toda clase de diabluras.

R. R.

trañar los hondos problemas humanos de su época. El ombliguismo parece ser el signo que la distingue. Escribir cuentos es

(Siga a la página 21)

para sus componentes una tarea semejante a la de narrar chascarros inocuos. Porque, de otro modo, ¿dónde están aquí los conflictos auténticos que del mundo brotan? ¿Dónde está esa amputación del apéndice del pasado de que tanto se hablaba? ¿Cree usted, por último, Lafourcade, que valía la pena dejar testimonio de tal indigencia literaria?

Humildemente, me atrevo a recomendarle a los de su generación la lectura de un escritor chileno; un escritor que les enseñará a colmarse de imágenes humanas, a manifestar **vividuras** en sus escritos: Miguel Serrano. Sí, en "Ni por Mar ni por Tierra" (**historia de una generación**) verán los suyos, Lafourcade, arbitrariedades conceptuales, ideas completamente rebatibles, lampos de esoterismo, bullentes descripciones del "espíritu de nuestro paisaje", prosa trasminada de ardoroso talento; en suma, enjundia en la visión que el ojo otorga al cerebro, y —sobre todo— observarán que **la vida** es un resumen de furias, alegrías y penas. Con narradores de este calibre, Lafourcade, los suyos a lo mejor caen en la cuenta primaria de que la fuerza del espíritu creador es arma vital para escribir libros.

FILEBO.

(*) "Cuentos de la Generación del 50". Selección y prólogo de Enrique Lafourcade. Edit. Del Nuevo Extremo. Santiago, 1959.